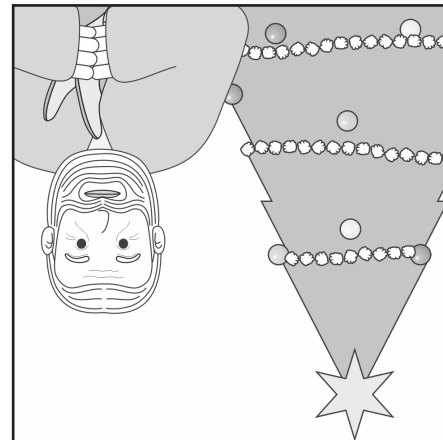


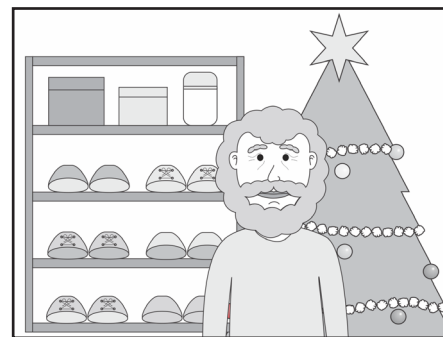
Martín esperó toda la mañana pero lo único que pasó fue que un anciano se acercó a pedir que lo dejara descansar un rato.

Martín vio que los zapatos del anciano estaban muy gastados. Después que el anciano se calentara y bebiera un poco de café, Martín le dio un nuevo par de zapatos.

—Gracias, don Martín—dijo el anciano cuando siguió feliz su camino—. Estos son los mejores zapatos que he tenido en mi vida.



La Navidad de un zapatero



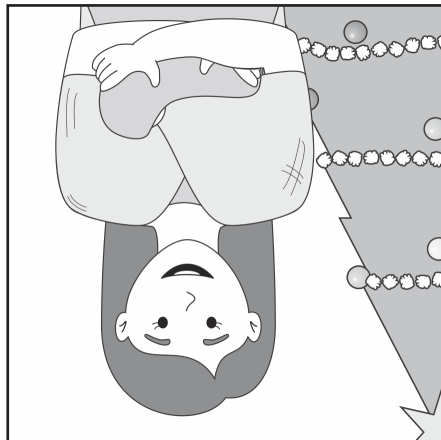
Era la víspera de la Nochebuena. El zapatero Martín había adornado lo mejor posible su humilde zapatería; tenía muchos deseos de que el Señor Jesús lo visitara.

Esa noche soñó que al día siguiente, en Nochebuena, el Señor lo visitaría. Se levantó temprano a la mañana siguiente para poner todo en orden. Limpió cada rincón de la zapatería. Quería que todo estuviera hermoso para la visita de Jesús.

Ya era mediodía y el zapatero seguía esperando la visita de Jesús. Lo único que pasó fue que llegó una mujer con ropa gastada, que llevaba a su bebé en brazos.

Don Martín sintió mucha compasión por ella y le dio una taza de café con leche caliente y unas monedas. Hasta le ofreció su cobija para que envolviera al bebé, porque afuera hacía mucho frío.

—El Señor te bendiga, buen hombre—dijo ella, con lágrimas en los ojos, al salir de la zapatería.



Jesús estaba en el anciano con los zapatos gastados; estaba en la mujer que llevaba al bebé en brazos; y estaba en el niño perdido, que lloraba.

Martín se dio cuenta de que lo que hacemos por amor a otras personas es como si lo hiciéramos por Jesús. Esa noche se acostó muy contento de haber recibido la visita de Jesús en las personas que llegaron a su puerta.

Para el zapatero Martín, esa fue la mejor Navidad.

Lee en Mateo 25:31-46 lo que Jesús dijo acerca de los que hacemos por otros:

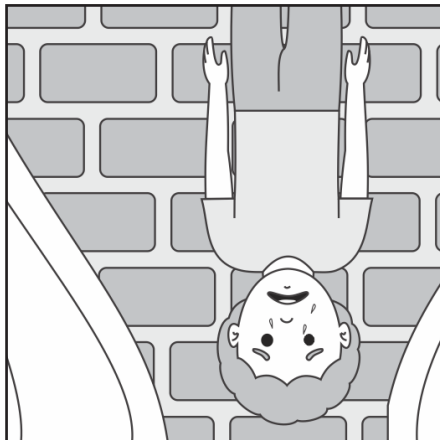
- tuve hambre, y me dieron de comer
- tuve sed, y me dieron de beber
- fui extranjero, y me dieron alojamiento
- necesité ropa, y me vistieron
- estuve enfermo, y me atendieron
- estuve en la cárcel, y me visitaron

Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.

Ya era tarde y el Señor Jesús no había venido a visitar al zapatero. Martín miró de un lado a otro calle abajo pero no vio a Jesús. Solo vio a un niño, parado en una esquina, que lloraba. El niño estaba perdido.

Martín se sintió un poco disgustado porque tuvo que dejar la zapatería para ayudar al pequeño a encontrar su casa.

Martín se sintió un poco disgustado *Quizá el Señor Jesús aparece en la zapatería cuando yo no estoy*, pensaba Martín un poco preocupado; pero no podía dejar de ayudar al niño.



Al regresar a la zapatería estaba seguro de que ya había pasado por allí el Señor. Se sorprendió al escuchar una voz al oído.

«Martín, Martín, ¿no me conoces?»

Y de un rincón salió el anciano, que le sonrió y luego se disipó como una nube.

«Soy yo», repitió la voz; y de la oscuridad, surgió la mujer con el bebé, que también se desvaneció en las sombras.

«Soy yo», Martín volvió a oír; y vio al niño que había estado perdido, que le sonreía. Éste también desapareció.

Entonces Martín comprendió que el Señor Jesús lo había visitado tres veces ese día.